

decir, en los dos Estados antes citados, la ataca en lo que constituye su vida, amenaza no sólo su prosperidad y su bienestar sino también su existencia, y una vez traspasado este límite no se comprende qué obstáculo podría oponerse á los progresos de la potencia agresora. Por grande que sea el interés que tenga Prusia en vivir en paz con Francia, esta paz sería demasiado cara si á tal precio había de comprarse, pues una guerra desgraciada no podría causarle mayores daños que este sistema de ataques disfrazados que roban á Prusia sus apoyos y que acabarían por hacerla sucumbir sin auxilio y sin honor, mientras que en una guerra caballerescamente sostenida en pro de la independencia del Norte de Alemania, además de contar con sus propias fuerzas y con las de sus aliados, ya de sí imponentes, tendría seguramente el poderoso auxilio de Rusia, probablemente el de Suecia y de Dinamarca y quizás el de Austria y los recursos pecuniarios de Inglaterra (1).»

Ya se recordará que Federico Guillermo no quería considerar como guerra de vida ó muerte mas que aquella á la cual él mismo no pudiera oponerse por haberse hecho inevitable: solo en este caso creía de buena fe poder contar con el ejército y con el pueblo para cualquier peligro y para cualquier sacrificio. El conde Haugwitz, que no deseaba la paz menos que el monarca, creía que la hora de esta guerra había sonado ya desde el momento en que Napoleón apoyaba en Hesse y en Sajonia la palanca para demoler en el Norte de Alemania la situación de Prusia como gran potencia. La lucha por el Norte de Alemania era para Prusia la lucha por su propia existencia, y entablada en momento oportuno, le aseguraba el auxilio de todos los que como ella se creían amenazados, que con ella habían de sostenerse ó sucumbir, y cuya suerte no podía separarse de la suya. Por eso un gobierno previsor no debía dejar escapar esta ocasión, que era la de una guerra bajo todos conceptos necesaria para la defensa nacional. Tal era la idea del conde Haugwitz, y de ella deberemos acordarnos en el momento decisivo.

De su memoria de 10 de julio solo recordaremos el siguiente párrafo: «Prusia tiene 80,000 hombres sobre las armas y en estado de entrar en operaciones.» La «carencia de medios de defensa» que para Prusia debía ser consecuencia del desarme de enero no era, pues, tan grande como se había creído. Dicho desarme había quedado en suspenso en virtud de resolución adoptada por el rey (2).

A la extraña manera en que se llevaban en Prusia los negocios extranjeros pertenece el hecho de que las negociaciones con Rusia fuesen entabladas por un ministro cesante, á espaldas del verdadero ministro, y de que el conde Haugwitz no tuviera á su debido tiempo noticia alguna de su resultado, ni de la declaración del rey del día 1.º de julio, ni de la contradecларación del emperador del día 24. Dice Hardenberg sobre este particular: «La existencia de un convenio formal con la corte de San Petersburgo fué un secreto para él (3).» Pero creía de tal manera obligatorias las seguridades que el duque de Brunswick debía llevar á San Petersburgo concernientes á la alianza con Francia, que para él equivalían á un tratado formalmente firmado sobre dicho asunto, y por esto creyó llegada la hora decisiva cuando, á mediados de julio — la Confederación del Rin había sido ya creada, pero no oficialmente notificada, — Talleyrand consignaba, en una carta dirigida al ministro Laforest, tres cosas: primera, la seguridad de no consentir nunca en una devolución del Han-

(1) Respecto de este párrafo hace Hardenberg, en 1808, la siguiente increíble observación: *Male! Il fallait encore ou se jeter tête baissée dans le parti de la France ou vice versa.*

(2) Véase lo dicho anteriormente.

(3) *Memorias*, tomo III, pág. 40.

nover á Inglaterra; segunda, la admiración por la longanimidad del rey respecto de Suecia; y tercera, una proposición para ponerse de acuerdo sobre la manera de hacer Prusia la guerra en el Norte. ¿Qué significaba esto? El mismo Laforest no lo sabía á punto fijo; Haugwitz, en cambio, no abrigaba la menor duda de que esto era una alusión al artículo 9 del tratado, que decía: «Si la alianza se lleva á cabo, se fijará, por medio de convenios especiales, el número de tropas que cada parte deberá aprontar y todo lo demás á ello referente (4).» Esto se prestaba á dos interpretaciones, primera: á la de la exclusión de los buques ingleses también de los puertos del Báltico, con el fin de hacer mas dura la guerra contra Inglaterra, y segunda, á la de la previa seguridad de que Prusia prestaría su cooperación en contra de Rusia en caso de que, como era fácil de prever, la negociación de Oubril fracasara como había fracasado la de lord Harmonth.

«En efecto, debemos prepararnos á ver muy pronto rotas estas negociaciones y desencadenada de nuevo la guerra con mas animosidad y encarnizamiento que antes. Francia exigirá la cooperación que en el tratado se ha establecido y entonces habrá llegado el momento de que Prusia se decida abiertamente por Francia ó por Rusia. Por muchos esfuerzos que se hagan, y muchos deben hacerse, para aplazar esta resolución extrema ó para evitarla en absoluto, puede preverse con seguridad que acontecimientos de toda clase, conmociones, amenazas y quizás exigencias obligarán á Prusia á tomarla en uno ú otro sentido. Nada mas triste ni mas peligroso que este caso si antes no se han adoptado la decisión debida y las medidas oportunas.» Para el caso de que la paz de Oubril no llegara á ser un hecho, Prusia, en sentir de Haugwitz, no tenía mas que dos caminos que seguir, ó permanecer fiel á la alianza con Francia y hacer causa comun con ella en el momento decisivo, ó negar su auxilio contra Rusia y aceptar por completo el sistema de esta potencia. Al decir esto, no sabía cuán formalmente se había comprometido el rey, desde 1.º de julio, en este último sentido: moralmente le consideraba bastante obligado para oponerse á proporcionar tropas á Napoleón, diciendo que «probablemente» esto traería consigo un rompimiento con Rusia, y «¿quién no había de deplorar que las circunstancias se encadenaran de un modo tan triste que obligaran á Prusia á romper con un amigo noble y leal, con el cual estaba unida por antiguos vínculos, que le había facilitado toda clase de medios para luchar, y que hacia seis meses había obtenido de ella la promesa solemne de que los deberes nuevamente contraídos en ningún caso le harían ir contra él!» Independientemente de este dilema, existía el deber de fundar la Confederación de la Alemania del Norte sobre la base de una unión íntima de Prusia con Hesse y Sajonia, confederación que era un contrapeso necesario de la que Napoleón había fundado con despótica violencia en la Alemania del Sur, y que debía ser el baluarte de la Alemania del Norte y el de cada uno de sus Estados y comprender todos los territorios septentrionales, especialmente las ciudades anseáticas de Hamburgo, Brema y Lubeck. «La menor brecha que se dejara abierta haría que poco á poco fuera desmoronándose todo el edificio, y la falta de unidad le imposibilitaría muy pronto de ser lo que debía, á saber: el dique que se opusiera á la corriente. Prusia no debe perdonar sacrificio alguno y debe arrostrar todos los peligros para evitar que esta idea fundamental se haga imposible.» Prusia debía hacer una primera prueba de sus fuerzas en pro de la Confederación del Norte de Alemania contra el rey de Suecia, que desde hacia

(4) La tercera memoria del conde se encuentra en las *Memorias*, tomo V, pág. 356.



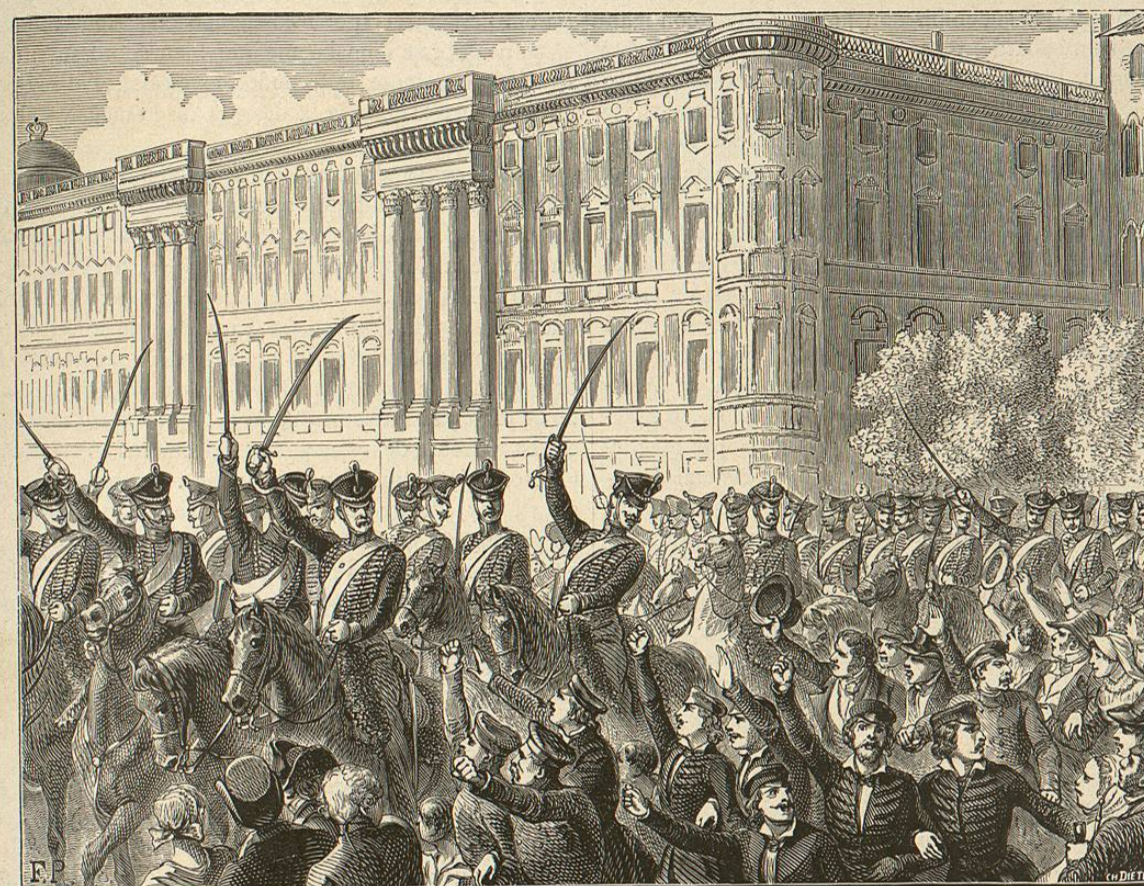
Federico Augusto, elector de Sajonia

tres meses abusaba de un modo imperdonable de la paciencia del rey. Si Prusia lograba arrojar de la Silesia-Pomerania los 10,000 hombres del referido monarca, se prestaría á sí misma un gran servicio, sin que por ello hubiera de temer peligro alguno por parte de Francia ni de Rusia.

De la Real Confederacion del Norte no resultó nada: en los mismos proyectos existentes (1) solo encontramos alianzas defensivas, con Hesse y Sajonia especialmente, pero nada que se parezca á una Constitucion. El elector de Hesse no acababa nunca de decidirse, y negociaba entre Francia y Prusia hasta que le alcanzó la catástrofe; el elector Federico Augusto de Sajonia dió orden á sus tropas de marchar á Turingia, aun sin haberse firmado el tratado. La mejor vo-

luntad no hubiera bastado para que en un día surgiera del seno de la tierra una confederacion vigorosa. Todo cuanto hubiera podido hacerse en este sentido, por mucha actividad que se empleara, venia demasiado tarde, y esto no hubo de desconocerlo Hardenberg de una manera tan absoluta como dice en sus memorias. La catástrofe se aproximaba á pasos agigantados.

En 1.º de agosto notificóse en Ratisbona la formacion de la Confederacion del Rhin, para cuyo acontecimiento la corte de Berlin habia sido preparada por una memoria de Lucchesini, fechada en 22 de julio, en la cual se decia: «Ya que es imposible evitar la Confederacion del Rhin formada por Napoleon, no queda mas recurso que oponer á ella una



Agitacion en Berlin contra los franceses.

Confederacion del Norte organizada por Prusia. Napoleon ha instado para que ésta se formara, añadiendo que asentiría á todo cuanto en este sentido hiciera el rey y que seguia garantizando la permanencia del Hannover en poder de Prusia (2).»

En 5 de agosto el consejero de legacion, Bohm, llegó con nuevos despachos de Lucchesini (3) que se expresaban de muy distinta manera. El leal monarca vió abierta una inmensa sima de deslealtad y de traicion y apartó de ella sus ojos con verdadero horror.

Con ocasion de un banquete, y aparentemente con la sincera franqueza que nace de las libaciones, aunque en realidad con intencion muy bien meditada, dijo lord Yarmouth

al marqués de Lucchesini que Napoleon, en su tratado de paz con Inglaterra, habia incluido la restitucion del Hannover, prometiendo que se llevaria á efecto sin dilacion alguna. A esto añadia Lucchesini: «Como no siempre el vino hace decir la verdad, podria muy bien ser que el plenipotenciario inglés solo quisiera hacer nacer la desconfianza entre las cortes de Berlin y de Paris (4).» En cambio, á otras noticias sobre intrigas no menos secretas y desleales con Rusia les daba tanto crédito que suplicaba al rey, altamente emocionado, se dirigiera inmediatamente á San Petersburgo para no enajenarse la voluntad del emperador Alejandro y alejar de su corona la tempestad que la amenazaba.

De la impresion que este despacho produjo en el rey tenemos noticia por una carta que éste, en 8 de agosto, dirigió al emperador Alejandro, y en la cual le decia: «Si él negocia con Lóndres respecto del Hannover, es que quiere perderme, es que quiere hacerme la guerra para no verme con el

(1) Hardenberg: *Memorias*, tomo V, pág. 383. Véase A. Schmidt: *Historia de los esfuerzos que se hicieron para la union prusiana-alemana, desde Federico el Grande*. Berlin, 1851, pág. 403.

(2) Hardenberg: *Memorias*, tomo III, pág. 84.

(3) Esta fecha la consigna Hardenberg en sus *Memorias*, tomo III, página 86, y de él la toma Ranke (tomo I, pág. 615), pero la mayoría de autores señalan la de 7 de agosto.

(4) Lefebvre: *Histoire des Cabinets de l'Europe*, tomo III, pág. 192; véase mas arriba.